

XAVIER PÉREZ Y LÓPEZ, *del Claustro y Gremio de la Universidad de Sevilla en el de Sagrados Cánones, su Diputado en la Corte. Abogado del Colegio de ella, é individuo de la Real Academia de Buenas Letras de dicha Ciudad.* Trata del orden en general, del Sumo Ordenador, del orden esencial del universo, del orden metafísico del hombre, del orden físico del cuerpo humano, de los principios y reglas de orden moral, de las leyes naturales, de los fines y felicidad humana, de la naturaleza íntegra y de la corrompida, conducentes á manifestar el orden moral del Universo, de la Religión revelada como medio de restablecer el orden y mantenerle, y, finalmente, de las bases, medios y condiciones del orden social, coincidiendo con PEYREYRA cuanto á la substancia de sus conclusiones religiosas y políticas; pero discrepando en las doctrinas metafísicas; puesto que, entre otros puntos, asienta que «hay en nuestro interior una facultad de formar ideas de las cosas posibles, á la que llamamos entendimiento». Si de esta declaración prescindiésemos, los siguientes párrafos, por su sabor *tradicionalista*, le pondrían, á

nuestros ojos, muy cerca de Bonald, teniéndola en cuenta, lícito nos será colocarlo un poco más acá, entre aquél y el P. Ventura de Ráulica.

«El hombre....—leemos en el capítulo »dedicado á probar la *necesidad de las Sociedades civiles para mantener el orden*,—debe »ser racional, piadoso, justo, amante de lo »bueno y virtuoso; debe también conservar »su vida, salud y honor; y para ello »porcionarse bienes, habitación y vestido; »defenderse á sí mismo, y á su mujer, hijos »y familia. Á nadie ha de injuriar; antes, »por el contrario, ayudar á los otros en sus »necesidades y guardar inviolablemente la »fe de los pactos.

»Pero cada persona de por sí, ó algunas »pocas unidas, ¿son capaces de cumplir estas y otras obligaciones naturales, ó de »conseguir la felicidad posible en el estado »presente? De ningún modo; consideremos »á muchos hombres dispersos desde su infancia, y que desde entonces ninguno ha »ya enseñado ó dado el menor auxilio á »otro, y los veremos casi tan estúpidos como »los brutos, y mucho más infelices que és-

»tos. Tengan enhorabuena las ideas innatas
 »como quieren algunos filósofos; pero ellas
 »estarán al modo de unas pequeñas centellas
 »enterradas en un montón de cenizas, ó de
 »una luz encerrada en un grueso y tosco
 »vaso.

»En el efecto, apenas darán indicios de ser
 »racionales. Esto se ha verificado en varios
 »hombres criados entre los osos, y, á la ver-
 »dad, no han sido ni son muy diferentes in-
 »numerables indios. Faltando á los primeros
 »el uso é inteligencia de los idiomas, *no*
 »*pueden adquirir las ideas abstractas y uni-*
 »*versales, que se alcanzan por medio del len-*
 »*guaje y del oído.* Por necesidad en tal estado
 »han de carecer del uso de la razón, que,
 »consistiendo en el conocimiento de las
 »verdades universales, y en inferir unas de
 »otras, no pueden tenerlo *por falta de ideas:*
 »*por lo mismo se hallan* privados también de
 »todas las ciencias, cuyos principios y re-
 »glas son estas propias ideas universales, y
 »el ejercicio de sus ilaciones.

»Igualmente se conoce que *estos infelices*
 »*no pueden tener verdaderas ideas de religión,*
 »*ni de otra virtud.* No hablo de la revelada,

»pues adquiriéndose la fe sólo por el oído,
 »según enseña San Pablo, no pueden estar
 »instruidos en ella aquellos que ningún
 »idioma entienden. Hablo, sí, de la natural,
 »cuya inteligencia pende de muchos y subli-
 »mes raciocinios, y, por lo tanto, *son inca-*
 »*paces de su conocimiento los que no han po-*
 »*ddido adquirirlo; primero* POR LA INSTRUCCIÓN,
 »y después por la reflexión propia, que es
 »el único manantial de tales adquisiciones.»

No menores indicios de *tradicionalismo*
 nos ofrece el incomparable JOVELLANOS. En
 la *Oración inaugural del Instituto Asturiano*
 se expresa en términos que cualquiera diría
 sacados de una *conferencia* del autor de *La*
Razón católica y la Razón filosófica:

«Desde Zenón á Espinosa y desde Thales
 »á Malebranche, ¿qué pudo descubrir la
 »Ontología, sino monstruos ó quimeras, ó
 »dudas ó ilusiones? ¡Ah! *Sin la revela-*
 »*ción,* sin esta luz divina que descendió del
 »cielo para alumbrar y fortalecer *nuestra*
 »*obscura, nuestra flaca razón,* ¿qué hubiera
 »alcanzado el hombre de *lo que existe fuera*
 »*de la naturaleza?* ¿Qué hubiera alcanzado
 »AUN *de aquellas santas verdades que tanto*

»ennoblecen su ser y hacen su más dulce
»consolación?...»

Con estas nada ambiguas reflexiones se dan la mano, haciendo resaltar más y más su sentido *tradicionalista*, aquellas otras de la propia *Oración*, del *Tratado teórico-práctico de enseñanza*, y de la *Instrucción á un joven teólogo sobre el modo de perfeccionarse en el estudio de esta ciencia*.

« Su espíritu (el del hombre) fué atado á
»la materia y como aherrojado en medio de
»ella para que recibiese las ideas por medio
»de las sensaciones y para que no pudiese
»percibir sin sentir, ni pensar sin haber
»sentido.»

« ¿ No es la instrucción la que desenvuel-
»ve las facultades intelectuales, y la que
»aumenta las fuerzas físicas del hombre? *Su*
»*razón, sin ella, es una antorcha apagada.*»

« Las palabras son *signos necesarios de*
»*nuestras ideas*, y esto, no sólo para hablar,
»sino también *para pensar.*»

« La mejor de las lógicas es el arte de ha-
»blar, sin el cual no se adquiere el de dis-
»currir. Porque el hombre no habla sólo
»cuando habla exteriormente, sino que

»habla también cuando interiormente dis-
»curre. Nosotros *adquirimos nuestras ideas*
»*por sus signos*; cada idea necesita uno;
»para adquirirlas es preciso conocer los sig-
»nos que la representan¹.»

Con JOVELLANOS concuerda en el fondo el esclarecido jesuíta D. LORENZO HERVÁS Y PANDURO, padre de la *Lingüística* y de la *Etnografía*, metafísico, fisiólogo, astrónomo é historiador doctísimo, uno de los hombres más sabios que ha producido Europa, según acreditan su *Análisis filosófico-teológica della natura della carità*, su *Idea dell' Universo* y otras muchas obras, casi todas compuestas primeramente en italiano. Desmembrado de la segunda, publicóse en castellano *El Hombre físico* (Madrid, 1800), que es un profundo tratado de fisiología y psicología lleno de pensamientos, harto notables cada uno de por sí, mucho más considerándolos reunidos y eslabonados. Véanlo nuestros lectores:

« Los sordos por nacimiento son mudos....
» Viven entre los hombres casi como bes-

¹ *Obras de Jovellanos*, tomo 1, páginas 231, 246, 278, 320 y 322; edic. de la *Biblioteca de Autores españoles*.

»tías, que solamente entienden y atienden
 »á lo visible. Prueba de esto es el caso raro
 »que Filibien hizo saber á la Academia Real
 »de las Ciencias, de un joven de Chartres
 »que, habiendo nacido sordo, y siendo con-
 »siguientemente mudo, en la edad de entre
 »veinticuatro y veinticinco años empezó re-
 »pentinamente á hablar, con admiración de
 »toda la ciudad.... Preguntándole la idea
 »que había formado de Dios, del espíritu
 »humano y de la bondad y malicia moral
 »de las acciones...., se halló que *su conoci-*
 »*miento no había pasado de la superficial*
 »*apariciencia con que los objetos se presentan á*
 »*nuestros sentidos*, y principalmente al de
 »la vista.... Las ideas y el modo de pensar
 »de este joven los he hallado yo en algu-
 »nos sordo-mudos, que he examinado aten-
 »tamente después que habían aprendido á
 »leer y escribir, como largamente refiero en
 »mi obra intitulada *Arte de enseñar á los*
 »*sordo-mudos*.... Ellos, SI NO SE INSTRUYEN,
 »viven entre nosotros *sin participar más que*
 »*las bestias* de las ventajas espirituales que
 »se logran con la Religión, y de *las racio-*
 »*nales que se adquieren con la sociedad*.»

«El hombre es *incapaz de inventar aun el*
 »*idioma más bárbaro*, como demuestro en
 »mis obras intituladas *Origen y mecanismo*
 »*de los idiomas*, y *Ensayo práctico de las len-*
 »*guas*..... El aprender un idioma
 »es aprender inmensidad de ideas. Los hom-
 »bres, queriendo dar perfección á los res-
 »pectivos idiomas que por herencia hablan,
 »*han inventado palabras que NO EXPRESAN*
 »*IDEAS, sino solamente pueden servir para*
 »*ILUSTRAR LAS IDEAS DE OTRAS PALABRAS.*»

«*Nuestro pensar es pedisecuo del hablar;*
 »no solemos tener ideas sino de las palabras
 »que sabemos.»

Registrando despacio las bibliotecas, acaso
 daríamos con otros autores de la misma épo-
 ca y nación igualmente influidos por el es-
 píritu *tradicionalista* que en VERNEL, PEREYRA,
 PÉREZ Y LÓPEZ, JOVELLANOS y HERVÁS se ma-
 nifiesta de un modo inequívoco. Tal vez,
 empero, ninguno de esos filósofos conocie-
 se, ni aun sospechase la trascendencia de
 sus afirmaciones; tal vez, al pronunciarlas,
 estuviesen muy ajenos de imaginarse que
 con ellas abrían camino á una nueva *escuela*,
 preparándole anticipadamente datos, mate-

riales y argumentos. El hecho es que, consciente ó inconscientemente, se lo abrieron. ¿Qué han dicho los modernos preconizadores de la *tradición* que no se halle, explícito ó implícito, en los preinsertos pasajes? De éstos al *tradicionalismo* no había más que un paso; el que da la naturaleza cuando á un árbol antiguo le sustituye el renuevo que ha brotado de sus raíces; el que dió Bonald en la *Legislación primitiva* y en las *Investigaciones sobre los primeros objetos de los conocimientos morales*.

¿Tuvo presentes el célebre Vizconde á nuestros citados escritores? HERVÁS Y PANDURO, por lo menos, dada la universal circulación de sus obras, no podía serle desconocido. Juzgamos, con todo, más verosímil atribuir á una causa general las relaciones de analogía que entre ellos y Bonald advertimos en lo tocante al capital problema ideológico. Que los primeros obedecían, más bien que á inspiraciones individuales, á un impulso común, de su mismo número y coexistencia se colige. ¿De dónde procedía semejante impulso? En nuestro sentir, del empeño visible en alguno de aquellos filó-

sofos, de permanecer fieles católicos á la vez que seguían las huellas de Locke y Condillac; empeño que por fuerza había de ponerlos á dos dedos del *tradicionalismo*, cuando no de lleno en él, á poco que se dejasen arrastrar de las exigencias de la lógica. Porque, ¿cómo conciliar el *empirismo*, que excluye lógicamente toda especie de conceptos absolutos y universales, puesto que los sentidos sólo nos presentan objetos contingentes y singulares? ¿Cómo conciliarle, decimos, con la fe cristiana que necesariamente implica y supone aquellos conceptos, sino estableciendo que nos vienen de la revelación, de la sociedad, de la enseñanza? ¿Ni qué otro motivo condujo á VERNEI, por ejemplo, hasta donde lo hemos encontrado, más que su catolicismo junto con la aversión que le inspiraban las doctrinas escolásticas, cartesianas, malebranchianas, etc., acerca del *origen de las ideas*? ¿Ni en qué habían de parar sino en el *tradicionalismo* unos hombres que, enseñando con el abate Condillac que «las ideas abstractas y generales son meras denominaciones», y que, por consiguiente, «todo el arte de racioci-

nar se reduce al arte de hablar bien», admitían al propio tiempo que el lenguaje no es invención humana y si una dádiva que hizo Dios á nuestros primeros padres?

Ahora bien: en toda Europa existían filósofos del mismo jaez; en toda Europa contaba prosélitos católicos el sensualismo: á toda Europa, pues, era trascendental el impulso común de que queda hecho mérito; á toda Europa, por tanto, debían de extenderse sus naturales efectos, bien que, á causa de nuestro especial estado religioso, quizá obrase con mayor eficacia y rapidez en el ánimo de los pensadores españoles. Según esto, bien pudo Bonald, sin necesidad de leer nuestros libros, y con sólo deducir las precisas consecuencias que entrañaba la pretendida unión del Evangelio y de Locke, llegar vía recta á su absoluto é inflexible *tradicionalismo*; sistema que, en resumidas cuentas, no viene á ser más que una fase nueva ó un particular desarrollo y aplicación del dogma sensualista, en orden á la generación del conocimiento humano.

Pero haya sido mucha ó poca la influencia ejercida por VERNEI, PEREYRA, PÉREZ Y

LÓPEZ, JOVELLANOS, HERVÁS, etc., en el poderoso vuelo que la susodicha escuela tomó en el centro de Europa después de la revolución, nunca podrá negarse que el aspecto bajo el cual los hemos considerado tiene no escasa importancia en la historia de la filosofía española del siglo XVIII, pues representa una de las más características direcciones de la especulación racional en aquella época. Deben, por consiguiente, fijarse en él cuantos deseen conocer á fondo ese no estéril período de la ciencia ibérica; deber que alcanza muy particularmente á nuestros actuales *tradicionalistas*, pues sólo cumpliéndole conseguirán dar á su doctrina el tono y colorido nacional que necesita para circular entre nosotros sin la tacha de novedad forastera. Tomen ejemplo de los franceses afectos al psicologismo escocés, que, llevados de laudable celo patriótico, han ido á buscar su filiación histórica en el P. Buffier, aclamándole precursor de Reid y de Dugald Stewart. Por demás extraño sería que precisamente el *tradicionalismo* fuese una de las cosas desprovistas de base *tradicional* en España.

Bien se ve que, al procurar la desaparición de semejante anomalía, procedemos guiados de un sentimiento de nacionalidad, no del espíritu de sistema. Ya hemos insinuado que no somos *tradicionalistas*, por más que, en cuanto católicos, reconozcamos al *tradicionalismo*, como á las demás escuelas que la Iglesia consiente, el derecho de vivir, crecer y multiplicarse, puesto que carecemos de autoridad para imponer nuestra razón á la razón de los demás hombres. No somos *tradicionalistas*. Creemos que los que de serlo blasonan, y en general todos los sensualistas, incurren en el paralogismo *post hoc, ergo propter hoc*. Los hechos á que apelan, aun suponiéndolos ciertos, sólo probarían que el hombre no tiene *plena conciencia de sus ideas*, hasta que los signos exteriores,—palabras ú objetos,—vienen á hacerle entrar en sí, y á convertirle hacia ellas, bien como tampoco tendría *plena conciencia de su libre albedrío*, si ninguna ocasión de ejercitarle se le presentara; mas no pueden invocarse en pro de la opinión que concede á dichos signos la virtud de engendrar las *ideas* en la inteligencia, ó, lo

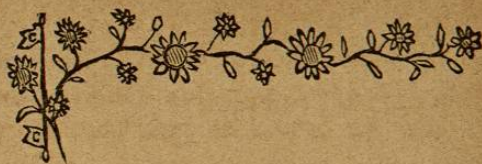
que es igual, la inteligencia misma. Antes bien, ésta, como impresión de la verdad increada y de las razones eternas, contiene entre sí, desde su creación, las que Santo Tomás llama *conceptiones animi communes* y *prima intelligibilia*, ó séase las *ideas*, en las cuales y por las cuales juzga de las demás cosas, viendo las verdades particulares en esas verdades inconmutables, participación inmediata, por decirlo así, de las ideas divinas y de la verdad primera ¹. Las ideas son al entendimiento lo que los cuerpos al espacio: suprimid los cuerpos, y el espacio se desvanece: suprimid las *ideas*, y el entendimiento se aniquila. Si no poseyésemos de antemano esas *ideas generales*, ¿qué valor tendrían para nosotros los signos, ya de los idiomas, ya de los tres reinos de la naturaleza, que las representan? ¿Cómo los traduciríamos? ¡Imposible! El universo y el lenguaje, en tal caso, nada dirían á nuestro entendimiento, nada más que lo que una serie de figuras geométricas ó de sig-

¹ V. los *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás*, del Padre González; *El Espiritualismo*, de Martín Mateos, y los *Elementos de Filosofía especulativa*, de Beato.

nos algebraicos dice á la mente de quien carece de las *ideas* por ellòs simbolizadas. Las *ideas* son necesarias para adquirir las *ideas*.

GUMERSINDO LAVERDE RUÍZ.

FIN.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Ramón Lull (Raimundo Lulio).....	7
Himno á la Creación: poema de Judá Leví de Toledo...	39
Contestación á un filósofo tomista.....	55
Réplica al P. Fonseca.....	75
Inventario Bibliográfico de la Ciencia Española.....	127

APÉNDICE.

<i>El Tradicionalismo en España durante el siglo XVIII</i> , por D. Gumersindo Laverde Ruíz.....	447
---	-----

